

DIOS EN TIEMPOS DE PANDEMIA¹

Maria Clara Bingemer

Todo lo que causa la nueva pandemia de coronavirus en el mundo se ha analizado desde varios ángulos. Nuestra intención es reflexionar aquí desde la teología. Comenzaremos reflexionando sobre el significado de la vida y las preguntas agudas y estimulantes que la amenaza y la realidad de la muerte le traen constantemente. Luego veremos cómo la ciencia se ha constituido como la referencia de verdad en medio al caos del miedo y la información incoherente causada por la situación de vulnerabilidad que causa la pandemia. Luego examinaremos cómo la literatura puede ayudar al discurso de la teología en las preguntas esenciales que desafían el lenguaje sobre Dios. También veremos cómo algunas teologías recientes nos ayudan a refinar este discurso sin caer en la pasividad alienada o el dolorismo que ha caracterizado la espiritualidad cristiana. Finalmente, veremos cómo en estos tiempos oscuros hay puntos brillantes que alimentan la esperanza y nos permiten encontrar la mirada amorosa de Dios, ya que la santidad también tiene lugar, de forma anónima o explícita, en varios rostros nuevos e inesperados.

El sentido de la vida: fragilidad y trascendencia.

Se ha convertido en un lugar común afirmar que con esta pandemia podemos tocar y experimentar nuestra fragilidad. Sin embargo, es sorprendente que la experiencia de la fragilidad y, más específicamente, de la mortalidad, nos obligó a todos a preguntar con más fuerza e agudeza sobre el significado de la vida.

Todos los seres vivos morirán. La diferencia con respecto al ser humano es que él sabe que morirá. El primer acercamiento al tema del significado de la vida solo puede ser una referencia a la situación existencial del ser humano. Es una pregunta primordial que resuena con los seres humanos de una manera completamente única y peculiar. También es una pregunta universal, que ninguna persona deja de enfrentar en algún momento de la vida. Es, además, una pregunta radical como ninguna otra, porque se

¹ Este texto ha sido publicado originalmente en portugués: Deus em meio à pandemia, in J. D. Passos (org) *A pandemia do coronavirus. Onde estivemos? Pra onde vamos?*, SP, Paulinas, 2020, pp 197-211

refiere al espacio abierto de "cuestionabilidad" que queda ante el ser humano al haber respondido las preguntas concretas planteadas por el hecho de vivir. La cuestión del significado de la vida, por lo tanto, involucra todas estas preguntas anteriores, mientras las trasciende. Además, destaca la radical problemática, o más bien, la misteriosa condición de la vida misma.

No pedí nacer y no quiero morir: este es el arco de la cuestión humana por el sentido. Y, sin embargo, la única certeza de la que puedo estar seguro es que algún día moriré. Y ese día podría ser hoy, el próximo minuto, mañana, dentro de muchos años. La incertidumbre que acompaña la certeza de la muerte hace que la vida humana sea única y llena de misterio.

Cuando una pandemia como la que estamos experimentando está en marcha, donde la muerte es una posibilidad real y cercana, en cada momento, el miedo y la desesperación agudizan esta pregunta fundamental y fundamental. Es un agente invisible que penetra los cuerpos humanos y los ataca internamente, reduciendo sus fuerzas e interrumpiendo sus sistemas de funcionamiento. Mientras muchos se recuperan, otros tantos terminan muriendo. Sin distinción de clase social o edad.

Al principio parecía que el virus solo victimizaba fatalmente a los ancianos. Y ahora hay casos de niños, jóvenes, personas de edad que caen bajo su acción letal. La fragilidad y la mortalidad en una escala exponencial ingresan a todos nuestros sentidos diariamente a través de los medios más diversos. Los países más desarrollados y las ciudades más modernas y bien equipadas del planeta gimen y lloran bajo su violencia. Nueva York, la ciudad que no duerme, hace una fosa común para enterrar cadáveres. La alegre y soleada España los deposita en la pista de patinaje sobre hielo. La caliente y luminosa Italia no da abasto para los ataúdes que necesita preparar cada día con la finalidad de enterrar a sus muertos.

En esos momentos, el mayor aprendizaje que hemos recibido de esta pandemia es una mayor conciencia de nuestra fragilidad. Y esta condición frágil tiene dos aspectos: por un lado, la vulnerabilidad que nos dice que biológicamente somos materia percedera, la cual, tal como vive, actúa y ocupa espacio en el mundo, y así puede marchitarse y dejar de existir en el próximo momento. El pueblo de la Biblia, por otro lado, estaba intrigado por la fragilidad de la vida humana, que "era solo un soplo" (Salmo 39). Y reflexionó: "Toda carne es como la hierba, y toda su gloria como la flor

de la hierba. ” (1 Pe 1,24). Por otro lado, la conciencia de que es esta misma fragilidad la que constituye nuestra identidad y abre una puerta a la Trascendencia que parece ausente y silenciosa en la medida que el mal se extiende y lleva vidas a proporciones inimaginables.

Ante nosotros está la vida humana, la nuestra, los que amamos y los que apenas conocemos. Sea lo que sea, es vida que tuvo un origen y un comienzo que no dominamos, que no hemos producido, porque no éramos sujetos activos de la misma. Somos seres posteriores, llegamos después de que el mundo comenzó, y nuestros padres se conocieron. Después de que el mundo ya había pasado por varias fases y niveles civilizatorios. Entre ellos, otras plagas con las que tuvo que luchar sin los recursos científicos que tenemos hoy. El pasado nos es dado sin que hayamos interferido con él. Sin embargo, nuestra existencia tiene un final cierto: la muerte. Y es tan cierto como impredecible en cuanto a su momento y circunstancias (muerte segura, tiempo incierto); un término final que tampoco tenemos, ya que tampoco seremos sujetos activos de nuestra muerte.

El hecho de cuestionar la muerte, de no quererla ni desearla, de hacer todo lo posible para evitarla; para celebrarla ritualmente; buscando comunicación con aquellos que ya han cruzado su frontera; plantea la pregunta de que el ser humano se entiende a sí mismo como hecho para la vida y no para la muerte. Este sentimiento de finitud que anhela el infinito lo mueve a preguntarse incesantemente sobre el significado de lo que le llega en su fragilidad, en su condición de ser temporal.

La cuestión del sentido de la vida califica a hombres y mujeres como humanos. Y eso define la parte más profunda de su identidad, ya que, entre los seres creados, solo él y ella lo expresan. Además, subraya la definición de la vida humana y la propia criatura humana como un misterio creado, que necesariamente lo referirá a la cuestión del misterio no creado que es Dios.

En esos días en que vemos que los números y las tasas de la pandemia crecen sin remedio; en esos momentos en que nuestra vida se ha transformado totalmente hasta el punto en que ya no recordamos qué día es hoy, cuando comenzamos el aislamiento, lo que nos espera del otro lado; y sobre todo en los momentos más dolorosos, cuando el mal por el cual se está luchando afecta por fin a conocidos, amigos, familiares, seres

queridos; vemos que se imponen dos referencias en nuestro horizonte, que nos ayudan a recuperar el pulso del sentido de la vida: la ciencia y la fe.

Ciencia objetiva y evidencia

La ciencia es uno de los motores del desarrollo de la humanidad y de la vida y su progreso ha sido responsable por grandes mejoras en la vida humana, especialmente en el transcurso del siglo pasado, a pesar de que el mundo no ha compartido los frutos de este progreso por igual. Por otro lado, el mal uso que a menudo se hizo del conocimiento científico fue, en el mismo siglo pasado, la causa de las peores pruebas que la humanidad tuvo que pasar. Por lo tanto, aunque el progreso de la ciencia que la racionalidad moderna ha hecho posible es altamente positivo; aunque la afirmación de que la ciencia es el motor del desarrollo en todos los frentes se considere correcta, los esfuerzos realizados por muchos países y regiones del mundo en el ámbito científico aún están muy por debajo de un mínimo considerado deseable. Y una buena parte de las razones de esto es la manipulación que los intereses económicos, políticos e ideológicos hacen contra la objetividad y la excelencia que deben caracterizar a toda la ciencia.

En el momento en que estalló la pandemia viral, la ciencia (medicina, biología, enfermedades infecciosas y todas las áreas científicas que se ocupan de la vida humana) ocuparon la primera línea de atención. Se han buscado orientación, explicaciones, argumentos lógicos que nos ayuden a manejar la tragedia que estábamos experimentando.

Por otro lado, las competencias ideológicas y los enfrentamientos políticos, a menudo se interponen en el camino del trabajo científico. Y esto sucede de varias maneras: ya sea la forma de oscurantismo que ataca retóricamente la libertad de la investigación científica, o con políticas públicas atrasadas que reducen los fondos y vacían los institutos y laboratorios de investigación. En un momento en que la crisis ecológica está alcanzando proporciones nunca antes vistas, los impactos climáticos se minimizan y las alertas emitidas por la comunidad científica se ignoran como si no fueran pruebas objetivas sino opiniones casuales e infundadas.

Con Covid-19, la ciencia ha vuelto a su papel de baluarte de la verdad objetiva y verificable. Se ha convertido en un refugio firme para una sociedad asustada y vulnerable por la propagación incontrolada de la enfermedad y el creciente número de víctimas fatales. La ciencia es ahora la primera línea en la lucha contra la pandemia.

Proporciona a la población números, información, porcentajes que proporcionan una imagen de lo que está sucediendo. Y uno puede ver al mismo tiempo innumerables laboratorios buscando remedios para tratar la enfermedad causada por el virus, secuenciando el genoma del virus en un tiempo récord, buscando los caminos de la investigación apasionada y responsable de una vacuna que pueda inmunizar contra el virus en el futuro.

Sin embargo, hay intentos de detener este trabajo, muchos de ellos invocando el nombre de Dios. Los datos proporcionados por la ciencia son cuestionados, la información precisa y objetiva se contradice y se dan orientaciones conflictivas a la población. Se dice que Dios salvará a todos del virus, que lo que hay que hacer es orar, contradiciendo lo que dicen los científicos.

Como siempre, en todas las religiones, pero muy concretamente en las religiones monoteístas y más específicamente en el judeocristianismo, Dios no se entromete en los asuntos humanos para desviar la acción de la humanidad misma en la solución de sus problemas. El Espíritu de Dios inspira, anima, guía, consuela, pero no toma las herramientas de las manos de la humanidad a fin de resolver mágicamente los dolores y problemas que atraviesa la humanidad.

Todo intento a lo largo de la historia para convertir a Dios en un árbitro de la ciencia, evitando que avance, ya ha sido desenmascarado y puesto en su lugar adecuado: es una falsedad y un embuste. Por lo tanto, los gobernantes despóticos e irresponsables que buscan rechazar a los científicos que dicen la verdad en medio a un momento serio como el que estamos experimentando tendrán que responder ante el tribunal de la historia. Y también ante la corte divina, que hará caer los velos, revelando todos los intentos de vendar los ojos de la gente con ilusiones y falacias, en su forma más actualizada: las Fake News.

En medio a la pandemia, la comunidad científica ha construido una sólida red de información, llevando la ciencia a la vanguardia de las políticas para combatir la pandemia. Por lo tanto, se puede luchar contra el oscurantismo institucionalmente, utilizando la transparencia y la honestidad, actualizando constantemente las medidas adoptadas y tratando de adaptar las condiciones de salud a las necesidades reales derivadas de la pandemia.

Hablar de Dios, por lo tanto, en tiempos del coronavirus implica dialogar con la ciencia y dejarle plena autonomía en el campo y competencia propios. Esto implica no mezclar epistemologías o querer tratar lo que proviene del campo biológico con instrumentos falsamente espirituales que matan en lugar de curar y alimentar políticas genocidas que empujan a las personas al contagio y, muy probablemente, a la muerte.

Fe y teodicea siempre presentes

Cuando nos enfrentamos a situaciones limítrofes y vitales extremas, cuando el dolor avanza sin restricciones en todo el mundo, cuando la guadaña de la muerte corta vidas de derecha a izquierda, los seres humanos siempre buscan una imposible compatibilidad entre Dios y la existencia. del mal.

La pregunta de la Teodicea que ha afectado a generaciones y ha llevado pensadores y escritores a escribir obras maestras sobre el tema, resurge. Quizás una de las obras literarias más importantes para pensar la fe en tiempos de pandemia es la novela "La peste" de Albert Camus, un escritor argelino-francés que vivió en el siglo XX y dejó una vasta obra que marcó el pensamiento y los valores de la modernidad.

Camus no tenía fe, pero estaba perpetuamente instigado por el amor a la humanidad y el compromiso con los derechos humanos. Graduado en filosofía, sabía mucho de filosofía cristiana, después de haber escrito su tesis doctoral sobre San Agustín. Tenía una inmensa admiración por la filósofa y mística francesa Simone Weil, a tal punto que antes de partir a Suecia para recibir el Premio Nobel, fue a retirarse en sus habitaciones en casa de sus padres en París.

La novela que mencionamos fue publicada en 1947 y pasa en la ciudad de Orán, en Argelia, donde, según el autor, todos viven de manera rutinaria e irresponsable y donde, por esa misma razón, "es muy difícil enfermarse y morir". Es una ciudad donde el que se enferma está muy solo. En este escenario, empiezan a aparecer ratas muertas y se nota la llegada de la plaga. El narrador, médico y ateo, descubre con su ciencia lo que está sucediendo y recibe en sus brazos la difícil tarea de cuidar a los afectados y tratar de salvarles la vida.

Hablando con sus colegas, el médico tiene que admitir que la peste, esa amenaza que se cree que fue erradicada de Occidente y controlada por la ciencia para siempre,

llegó sin previo aviso y está diezmando a la población de la ciudad. Plagas y guerras, piensa el Dr. Rieux, portavoz de Camus, siempre ha habido. Y cuando llegan, siempre encuentran personas desarmadas y sin preparación.

Camus escribe inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, que diezmo a Europa y golpeó brutalmente al mundo. Y es clara en su obra la analogía entre la peste y la guerra que generó el holocausto, considerado el mayor genocidio conocido por la humanidad. El primer momento es de incredulidad y de esperanza en que no durará. Pero la peste no es solo una pesadilla que pasará. Sin embargo, de pesadilla en pesadilla, son los seres humanos los que pasan.

A medida que avanza la plaga en la ciudad de Orán, el Dr. Rieux se está debatiendo con su pregunta sobre si Dios existe o no. Su interlocutor privilegiado es un joven voluntario que organiza equipos de salud y un día se pregunta si tiene fe en Dios. Y justifica su pregunta diciendo que parece incomprensible que alguien se dedique a un trabajo tan exigente como cuidar a las personas enfermas día y noche si no creen en Dios.

A partir de las grandes preguntas de la teodicea, el médico responde que, si creyera en un Dios todopoderoso, dejaría de sanar a los hombres, abandonando esta tarea a Dios. Sin embargo, su práctica como médico le había demostrado que nadie se entrega por completo. Ni siquiera el sacerdote de la ciudad, que alentó a la población a ver la plaga como una prueba por sus pecados y a confiar plenamente en que Dios los salvaría de ese flagelo. En esto, en la voluntad de luchar y en la resistencia que la humanidad opone a los males que caen sobre él, el Doctor Rieux encuentra sentido para su vida. Esto demuestra que está en el camino de la verdad, "luchando contra la creación tal como es".

Y hace su profesión de fe: "después de todo, dado que el orden del mundo está regulado por la muerte, quizás sea más valioso para Dios no creer en él y luchar con todas sus fuerzas contra la muerte, sin mirar hacia arriba hacia el cielo donde se calla. "

Pero el Dr. Rieux no conocía la teología que el cristianismo católico y protestante desarrolló después del holocausto. Atormentados por las experiencias de la guerra e instigados por la pregunta del gran filósofo judío Hans Jonas: ¿cómo hablar de Dios después de Auschwitz? - teólogos como Jurgen Moltmann y Johann Baptist Metz en la Europa de posguerra buscaron esta nueva forma de hablar sobre su fe en medio del

sufrimiento humano. Así también Jon Sobrino en América Latina hundió su mirada de teólogo en la pobreza sufrida por el pueblo salvadoreño para encontrar una nueva forma de hablar sobre Dios.

De acuerdo a esta teología, Dios no guarda silencio frente al dolor y sufrimiento humanos. Al revés, se encarna y entra en este dolor y sufrimiento, asumiendo la vulnerabilidad de su criatura. Sufre en la carne el dolor de las víctimas, abrazando su sufrimiento por adentro. Y desde entonces se revela como amor. Ante el grito de la víctima inocente que sufre, o Dios abraza este sufrimiento desde adentro o no puede ser adorado e invocado por la humanidad en medio a su dolor.

Por otro lado, el trabajo incesante de los justos, incluso no creyentes, como el médico y personaje de Camus, es parte de esta visión de Dios que no es cómplice del mal debido a su silencio o su excesiva demanda. Pero, por el contrario, incluso si no se conoce o se nombra, Dios está luchando sin cuartel contra la injusticia y su fruto perverso, que es el sufrimiento de los inocentes. En esta lucha, Dios está presente, identificado con la víctima, y su pasión sigue sucediendo, por un camino misterioso.

Dios también inspira la ruptura de la cultura de la amnesia, que promueve la falsa felicidad la cual consiste en la amnesia del ganador, con el despiadado olvido de las víctimas. Contra esta *amnesia*, Dios hace que las víctimas estén presentes, permitiendo la cultura de la *anamnesis*. Con los ojos abiertos y la memoria activada, la teología continúa hablando de Dios mientras escucha el grito de los que sufren.

Todos los que viven esta pandemia nunca olvidarán la visión del Papa Francisco, solo en la inmensa plaza de San Pedro en Roma, en medio a la lluvia y al frío, testificando que Dios está con nosotros en el bote que las olas batidas por la tormenta parecen tragarse irrevocablemente. Sin minimizar la gravedad del momento, su figura vestida de blanco era el único punto brillante en medio a la desolación del ambiente vacío de vida y presencia humana.

Presente con sus ovejas, el Pastor habló de Dios. Y lo hizo dirigiéndose a creyentes y no creyentes, ya que el amor de Dios abraza a todos y es más universal que cualquier pandemia. Este amor pasa por las personas que no eran importantes en el mundo que existía antes, donde la prisa, el éxito y la riqueza parecían ser los únicos valores.

El Papa dijo que "nuestras vidas están entretejidas y respaldadas por personas comunes, generalmente olvidadas, que no aparecen en los titulares de periódicos y revistas o en las grandes pasarelas, pero, sin duda, escriben hoy los eventos decisivos de nuestra historia". Seguramente se refirió a todos aquellos que, pertenecientes a diferentes religiones o ninguna, están expuestos al riesgo de contagio para cuidar a los enfermos debido a la pandemia.

La novela de Camus se relaciona con esta caridad anónima que, a lo largo de la novela, dialoga con la conmovedora e inquebrantable honestidad del médico. El joven voluntario le pregunta: "¿Se puede ser un santo sin Dios?" La respuesta que el médico no da se da día a día durante la pandemia que hemos estado experimentando durante meses por las vidas anónimas que tejen nuestra historia: agentes y profesionales de la salud, líderes comunitarios y muchos otros.

Conclusión: la santidad como posible discurso sobre Dios

En la reciente exhortación post-sinodal del Papa Francisco "Gaudete et Exultate", una nueva nomenclatura parece caracterizar a los santos, héroes de la fe y paradigmas de la caridad: los santos al pie de la puerta, que constituyen la clase media de la santidad. ¿Dónde podemos encontrar hoy a estos santos que están a nuestro lado, a la vuelta de la esquina? Según Francisco, en el pueblo paciente de Dios: en la familia, en los padres que crían a sus hijos con amor a pesar de las dificultades; personas que trabajan incansablemente durante años para llevar pan a casa; en los enfermos y ancianos que siguen sonriendo.

Hoy agregaríamos: en médicos que trabajan día y noche al lado de la cama de los enfermos, buscando una cura para su enfermedad. En las enfermeras que cuidan los cuerpos enfermos, les brindan alivio, curan heridas, los alimentan, los animan, los llaman a la luz de la vida desde la oscuridad de la enfermedad donde se sumergen. Técnicos de enfermería, asistentes, intensivistas, repiten día y noche el camino de la cruz y la vigilia junto a los enfermos.

También hay quienes trabajan y no pueden estar en casa, protegiéndose del contagio para que nosotros podamos estar confinados: camioneros que llevan comida a los supermercados, empleados que reemplazan productos en los estantes, policías que patrullan las calles vacías cuidando la seguridad, recolectores de basura que recogen lo que queda de nuestra mesa y nuestra vida cotidiana.

Aquellos que olvidan su propio cansancio para que la vida no deje de vencer la muerte en nuestro mundo enfermo y debilitado son los verdaderos portavoces de Dios. Su trabajo dedicado y silencioso habla más que todos nuestros discursos en esta dolorosa situación, y puede abrir el camino a la esperanza de que otro mundo sea posible.